

IVÁN EL TONTO

2º-3º

Érase una vez Iván el tonto, todo un encanto de muchacho. Hiciera lo que hiciera, siempre resultaba gracioso, pues no hacía nada como Dios manda.

Un mujik le contrató para que trabajara para él. Un día, el mujik tuvo que irse con su mujer a la ciudad. Antes de marchar, la mujer le dijo a Iván:

—¡Quédate con los niños, cuídalos y dales de comer!

—¿Y cómo?

—Coge agua, harina y patatas, pélalas y hiérvelas. Te saldrá una sopa.

Y el mujik le encargó:

—¡Vigila la puerta para que los niños no se escapen al bosque!

El mujik se marchó con su esposa. Iván subió hasta la cama, despertó a los niños, los bajó al suelo y, sentándose detrás de ellos, les dijo:

—¡Bueno, pues yo os cuidaré!

Los niños estuvieron un buen rato sentados en el suelo y después pidieron la comida. Iván arrastró hasta la isba una tina con agua, echó en ella medio saco de harina y una medida de patatas. Lo revolvió todo con un gran palo y se puso a pensar en alta voz:

—¿A quién tengo que pelar?

Los niños, que le oyeron, se asustaron:

—¡Oh, tal vez nos pele a nosotros!

Entonces, sin hacer ningún ruido, salieron corriendo de la isba.

Iván les siguió con la mirada, se rascó la nuca y cayó en la cuenta:

—¿Cómo les voy a poder cuidar ahora? Además, tengo que vigilar la puerta para que no salga corriendo.

Se quedó mirando la tina y exclamó:

—¡Sopita, hierve, que yo me voy a buscar a los niños!

Quitó la puerta de las bisagras, se la cargó sobre los hombros y se fue al bosque. De pronto salió a su encuentro un oso que, asombrado, rugió:

—¡Eh, tú! ¿Para qué llevas ese trozo de madera al bosque?

Iván le explicó lo que le había sucedido. Al oírle, el oso se sentó sobre sus patas traseras y soltó una carcajada:

—¡Pero qué tonto eres! ¡Pues te voy a comer por ello!

Iván replicó:

—¡Mejor sería que te comieses a los niños para que otra vez no desobedezcan a sus padres y no se escapen al bosque!

El oso se rió aún con más ganas y rodó sobre la tierra de la risa que le entró.

—¡En mi vida he visto un chico más tonto! ¡Vamos, te presentaré a mi esposa!

Le condujo hasta su guarida. Iván iba andando, pero de repente se paró y escondió la puerta entre los pinos.

—¡Olvídate ya de la puerta! —le dijo el oso.

—No. Soy fiel a mi palabra: he prometido vigilarla y la vigilaré.

Llegaron a la guarida y el oso le dijo a su mujer:

—¡Mira, Masha, el tontorrón que te he traído! ¡Es para morirse de risa!

Entonces Iván le preguntó a la osa:

—Señora, ¿no has visto tú a los pequeños?

—Los míos están durmiendo en casa.

—Bien, enséñamelos: ¿no serán ellos los míos?

La osa le mostró a sus tres ositos. Iván exclamó:

—No son estos: los míos eran dos.

Entonces la osa comprobó que era realmente tonto y se echó a reír:

—¡Pues claro, los tuyos eran niños humanos!

—Entonces —dijo Iván—, ¿tú puedes distinguir a los pequeños y saber de qué especie son?

—¡Sí que tiene gracia! —se admiró la osa, y se dirigió a su esposo—: ¡Mijail Potapich, no nos lo comamos; que viva y trabaje para nosotros!

—Está bien —aceptó el oso—. Aunque sea un hombre, es totalmente inofensivo.

La osa le dio una cesta de mimbre a Iván y le ordenó:

—Vete y recoge frambuesas del bosque. Cuando se despierten los niños quiero prepararles algo de comer.

—¡Muy bien, eso sí que puedo hacerlo! —dijo Iván—. ¡Pero, mientras, vigila la puerta!

Iván se adentró en el bosque de frambuesas, llenó la cesta de mimbre hasta arriba, él mismo comió hasta hartarse y emprendió el camino de vuelta a la casa de los osos, cantando a pleno pulmón:

*¡Ay, qué torpes son
todas las vacas, Señor!
¡Igual que las hormigas
y las lagartijas, sus amigas!*

Cuando llegó a la guarida, gritó:

—¡Aquí tenéis las frambuesas!

Los ositos se acercaron corriendo a la cesta de mimbre y, rugiendo y empujándose unos a otros, dieron volteretas de contentos.

Iván, contemplándolos, exclamó:

—¡Ay, qué pena no ser un oso y que vosotros fueseis mis niños!

El oso y su mujer se rieron.

—¡Ay, Virgencita! —rugió el oso—. ¡No vamos a poder vivir con él, nos vamos a morir de risa!

—Veréis lo que haremos —dijo Iván—. ¡Vosotros vigilaréis la puerta mientras yo voy a buscar a los niños, porque si no, el patrón me castigará!

Entonces la osa le propuso a su esposo:

—¡Misha, podrías ayudarle, tú!

—¡Le ayudaré! —dijo el oso—. ¡Es tan divertido!

Iván y el oso salieron por los senderos del bosque, y mientras caminaban iban charlando amistosamente:

—¡Pero qué tonto eres! —se admiró el oso.

Iván le preguntó:

—Y tú, ¿eres inteligente?

—¿Quién, yo?

—¡Pues, claro!

—¡No lo sé!

—¡Yo tampoco lo sé! ¿Eres feroz?

—No, ¿por qué?

—¡Yo creo que quien es feroz, es también tonto...! ¡Yo tampoco soy feroz! ¡O sea, que ni tú ni yo somos tontos!

—¡Pero qué cosas dices! —se sorprendió el oso.

De pronto vieron que, sentados debajo de un arbusto, dormían los dos niños. El oso preguntó:

—¿Son estos tus niños?

—No sé —contestó Iván—. Tengo que preguntarles. Los míos querían comer.

Despertaron a los niños y les preguntaron:

—¿Queréis comer?

Los niños contestaron gritando:

—¡Hace un buen rato que tenemos hambre!

—¡Bueno —dijo Iván—, entonces estos sí que son los míos! Ahora los llevaré al pueblo. Y tú tráeme la puerta, por favor: a mí no me da tiempo porque aún tengo que preparar la sopa.

—¡De acuerdo! —dijo el oso—. ¡Te la llevaré!

Iván se puso en camino detrás de los niños, cuidándolos como le habían ordenado. Mientras, iba cantando:

¡Esto sí que es asombroso!

Un escarabajo se come el conejo.

Dice la zorra en el arbusto viejo.

¡Realmente es algo prodigioso!

Entretanto, sus patrones ya habían regresado, viendo en medio de la casa la tina llena hasta arriba de agua, repleta de patatas y harina. Los niños no estaban y también la puerta había desaparecido... Se sentaron en un banco y lloraron desconsolados.

—¿Por qué lloráis? —preguntó Iván cuando llegó a la isba.

Entonces vieron a los niños y los abrazaron llenos de alegría. Después preguntaron a Iván, señalando el mejunje que había en la tina:

—¿Qué has hecho?

—¡Una sopa!

—¿Y tenías que hacerla así?

—¿Yo cómo lo voy a saber?

—¿Y adónde ha ido a parar la puerta?

—¡Ahora la traen! ¡Mira: aquí está!

Los patronos miraron por la ventana: por la calle caminaba un oso que cargaba una puerta. La multitud corría por todas partes, escondiéndose en los porches y detrás de las puertas; los perros estaban tan atemorizados que se metían, llenos de miedo, detrás de los setos y bajo los portalones. Únicamente un valiente gallo pelirrojo permanecía en la calle y le chillaba al oso:

—¡Quiquiriquí...!
¡Que te quites de aquí...!